

# Diarios

de un español ruso

Ángel Gutiérrez

"El pasado, pensó, está unido al presente por una cadena ininterrumpida de acontecimientos que brotan unos de otros". Y le pareció que estaba viendo los dos extremos de la cadena: tocaba uno y el otro se estremecía... Pensó que la verdad y la belleza, que acompañaban a la vida humana allí, en el jardín y en el patio del sumo sacerdote, habían continuado haciéndolo ininterrumpidamente hasta hoy. Y al parecer, siempre habían sido fundamentales en la vida humana y, en general, en la tierra..."

"El estudiante" de A. P. Chéjov.

---

## AQUEL NIÑO...

Aquel niño -y autor de estos diarios- fue arrancado de raíz como un pequeño árbol de su montaña asturiana y, con seis años, trasplantado a una tierra lejana y fría, llamada entonces Unión Soviética.

En aquel "planeta desconocido" para mi, los primeros años discurrían en solitario; no hablaba con nadie y no me gustaba formar parte de ningún grupo. Apenas comía, mi salud se quebraba a menudo y me ingresaban frecuentemente en el hospital. Descubrí lápices de colores y acuarelas que nunca había visto, y me gustaba sentarme solo a dibujar. La música también me absorbía. El director del coro de la Casa de Niños -y de la Orquesta Sinfónica de Leningrado- Tuvim Márkovich, me llevaba a clase de piano al Palacio de los Pioneros. También leía mucho -"El Mago de Oz", por ejemplo- y me encantaban los cuentos de Pushkin.

Recuerdo que más de una vez me llamaron a las reuniones del Komsomol<sup>1</sup>, reprendiéndome por estar siempre solo y "huir del colectivo". El reproche se convirtió en habitual, intentaban averiguar por qué... ¿Cuál era el motivo para "huir", para retirarme a mi soledad? Entonces ni me conocía ni podía explicarlo. Lo cierto es que nunca abandoné ese hábito: simplemente me gustaba estar solo, pasar las horas con mi música preferida, dibujando, soñando despierto o en silencio. Pensaba en mi madre, en el paraíso verde de Pintueles<sup>2</sup>, mi pueblo, en Mariano el pastor, con quien subía al monte a cuidar las ovejas. En mi interior, siempre sonaban canciones asturianas de las que cantaba allí, día y noche, sobre todo cuando volvíamos con el rebaño. Era un niño humilde y andaba descalzo, pero siempre llevaba una canción conmigo y una alegría inexplicable. Siempre estaba volando a algún lugar, me tumbaba en la hierba, mirando al cielo azul con las aves en círculos, escuchando el tañido de las campanas... ¡me sentía feliz! Y además estaba el canto de los pájaros, que me fascinaba y me llamaba desde lugares lejanos.

No dejaba de preguntarme: ¿por qué mi madre no vino al puerto a despedirse de nosotros, si nos llevaban a una tierra tan lejana? A menudo imaginaba que, como en las películas americanas, un hermoso coche azul aparecía en el bosque, se detenía, y un hombre alto y amable se bajaba, me llamaba y me abrazaba: era mi padre. Iba a llevarme con él a un país maravilloso.

Luego llegó la guerra con los nazis, el cerco de Leningrado donde estaba nuestra casa, los bombardeos, el cielo negro de aviones alemanes y el rugido ensordecedor de los motores... A mi, junto a mis compañeros de la casa de niños, nos evacuaron a un pueblo remoto de los Urales. Hambre, frío, 45 grados bajo cero y ventiscas, piojos, enfermedades. Durante aquellos años,

---

<sup>1</sup> El *Komsomol* era la organización juvenil del Partido Comunista de la Unión Soviética y el término es el resultado de la contracción de la primera sílaba de las palabras "Comunista-Unión-Juvenil"

<sup>2</sup> Pueblo del concejo -término municipal- de Piloña, Asturias.

trabajábamos en granjas colectivas y explotaciones madereras. En los otoños lluviosos, vivíamos en los bosques, en tiendas de campaña rodeadas por nubes de mosquitos. Talamos pinos enormes, aserramos gruesos troncos a mano, los arrastramos y apilamos en bloques de dos metros de altura... nos calentábamos al fuego... Y trabajamos también en las minas de turba, con el agua por las rodillas. Hambrientos y conteniendo la respiración, escuchábamos las noticias del frente por aquellos altavoces negros... Sentimos una inmensa alegría cuando derrotamos a los fascistas en Moscú y en Stalingrado. Conocíamos los nombres de algunos generales, que eran nuestros favoritos: Zhúkov, Rokossovski, Vatutin, Kónev, Bagramyan... Adorábamos a nuestros héroes y queríamos ser como ellos. Actuábamos en hospitales de guerra, creíamos en la victoria, en el pueblo ruso, nadie se quejaba, confiábamos en la amistad, leíamos mucho y nos preparábamos para el frente.

Tras la guerra, una fe ciega en la paz eterna y la felicidad sobre la Tierra... cielo despejado y azul, alas de alegría, confianza en salvar y renovar el mundo. La juventud, enamorada de la vida y de la idea "Lucha eterna: la paz sólo como un sueño". Pero para nosotros la paz ni siquiera existía como sueño: ¡El mal no podía reinar sobre la Tierra!

Después de la guerra pasé a vivir cerca de Bólshevo, en los alrededores de Moscú. También terminé la escuela allí. Cuando me gradué, todos mis compañeros ya habían elegido: unos querían ser ingenieros aeronáuticos y otros, ingenieros navales. Las chicas querían estudiar medicina. Yo aún no me había decidido. Me gustaban el dibujo y la música. Dudaba entre ambos. El señor Roytman, que me daba clases de armonía en Bólshevo, y director del Ballet Bolshói, me aconsejaba: "Deberías dedicarte a la música -dijo-. Sólo a la música".

Los niños españoles que vivíamos en el internado de Bólshevo íbamos a veces a la Casa de los Cineastas, que estaba cerca. Actores y directores famosos descansaban en ella. Veíamos películas con ellos y les cantábamos canciones españolas. Una noche después de nuestro concierto, nos preguntaron a cada uno qué queríamos ser. Cuando llegó mi turno, dije:

- No lo sé. Me encuentro en una encrucijada: acabo de graduarme y no sé qué quiero hacer.
- ¿Por qué?
- Me gusta tanto el dibujo como la música...

Recuerdo que los conocidos directores de cine Mark Donskoy y Sergei Gerásimov estaban entre ellos. Alguien dijo:

- Hay una profesión para la que se necesita ser artista, músico, poeta y más cosas.
- ¿Qué profesión es esa?, pregunté.
- Director de cine.

Cuando empezaron los exámenes, estaba ilusionado con la idea de ir al VGIK<sup>3</sup>. Mi amigo Carlos Llanos estudiaba allí. Cogí la carpeta con mis dibujos y corrí como un loco al tren de cercanías. En Moscú en el VGIK, Carlos me presentó a su amigo Vitaly Melnikov, un joven fuerte y sonriente. En la Comisión de Ingreso me pidieron tres fotografías: un retrato, un paisaje urbano y uno de naturaleza.

- Tengo dibujos...
- Los dibujos están bien, pero se necesitan imágenes fotográficas para la admisión.

Yo ni siquiera sabía cómo era una cámara... ¿Qué podía hacer? Vitaly Mélnikov intervino:

- Mira, vamos a tomar una cerveza y a hablar. Hay un Instituto de Teatro y también cuenta con especialidad de Dirección.
- ¿Ah, sí? ¿Dónde?
- Cerca de aquí, en la calle Arbat. Te acompañamos hasta allí, si quieres.

Así fue como llegué al GITIS<sup>4</sup>, en el pasaje Sobinovsky, que desde el primer día me pareció un templo. El GITIS era increíble: una institución realmente brillante, alegre; todos los profesores eran estupendos, sabios y amables... como el ambiente de amistad que se respiraba entre los alumnos. En el GITIS empecé a experimentar una profunda satisfacción interior. De ese bienestar y del afecto de mis compañeros, nacieron la confianza y las alas, la fe en mí mismo, la energía interior, la sed de libros y conocimiento.

Había tanta alegría y luz en el mundo que se abría ante mí... me mantuve bajo esa influencia durante muchos años. Todo había cobrado un aire diferente, de luz pura y radiante. Las cosas se manifestaban con un encanto especial y una pureza genuina, envueltas siempre en la energía propia de los jóvenes. Y todo ello acompañado de talento o, mejor dicho, de una loca vocación de felicidad.

A menudo recuerdo las callejuelas de Arbat, el parque para perros, mi querida calle Molchánovka ("Silencio", en ruso), los patios tranquilos y apacibles por la noche, con las acacias, los álamos y el olor a lila o al cercillo. Y el sonido de piano que salía de aquella ventana abierta, y la cabeza con tren-

---

<sup>3</sup> Instituto Estatal de Cinematografía de la URSS (literalmente: "de toda Rusia"), en honor a S.A. Gerásimov. En Rusia, el término "Instituto" hace referencia a un centro de formación universitaria superior. NT.

<sup>4</sup> GITIS: en siglas y literalmente, "Instituto Estatal de Artes Teatrales y Escénicas", es el centro universitario de formación en teatro y artes escénicas más antiguo y relevante del país. Fue fundado en 1878 y por él pasaron figuras de renombre internacional como Konstantin Stanislavski y Oleg Efrémov, entre muchos otros. Su abreviatura en siglas se debe a la reforma, en 1922, de V. Meyerhold. NT.

zas rubias de una joven -y encantadora- desconocida tocando el "Claro de Luna" o interpretando a Chopin.

Y sin embargo, no me abandonaba la ensoñación perpetua, el sueño que se convertía en satisfacción interior. No importaba lo que estuviera haciendo: directa o indirectamente, me guiaba Dios. Él -Dios- llenaba mi ser, y al mismo tiempo, me permitía pensar libremente y con energía sobre el teatro y demás asuntos.

Mucho después, ya en Madrid, un día se me ocurrió abrir los viejos diarios escritos en Rusia. Me impresionó descubrir que la máquina del tiempo funcionaba. De repente me encontré en otra época, en otro siglo, con otra formación, y descubrí a otra persona, la que fui una vez. Y me sorprendió, porque era muy cercano a mí; muy cercano, y al mismo tiempo marcadamente distante: ese joven que había entrado en el GITIS, con 18 años y procedente de un internado, prácticamente un analfabeto entonces, un estalinista, un miembro del Komsomol, un "Pavel Korchagin"<sup>5</sup>... Y me di cuenta de que, a través de aquel joven, podría resultar interesante para alguien -quizá una persona, quizá tres- conocer una época que no volverá a repetirse en la Historia. Y yo estaba allí... yo era ese joven: ingenuo, honesto, amable... Me habían educado así.

Había comenzado a escribir porque mi genial profesor en el GITIS, Andrei Mijáilovich Lobánov me lo aconsejó:

"Le recomiendo encarecidamente que escriba diarios, como hicieron Chéjov, Tolstói, Pushkin, Rousseau... Escriba sus diarios, sus pensamientos y observaciones. Lo que lee, lo que sueña. Y especialmente si está manteniendo una conversación en el metro o un encuentro amoroso -interesantes, importantes- y no tiene la oportunidad de terminarla, vaya a casa y complétela, invente la conversación que no concluyó".

Obedecí inmediatamente al profesor (siempre he creído en mis profesores). Compré un cuaderno -de unos 30 kopeks- y empecé a escribir un diario; por supuesto, sin pensar en que algún día lo estaría leyendo yo mismo o en su publicación. Por eso resulta importante resaltar que esto no es literatura, ni siquiera unas memorias en las que de alguna manera se pueda cuidar una expresión, afinar el estilo o la sonoridad. No, aquel hombre -que se llamaba igual que yo y que no se parece en nada a quien soy ahora, ni físicamente ni en lo demás- no pensaba en ello. Tal como pensaba entonces, como niño, muchacho o estalinista, así lo escribí. Lo hacía para sí mismo. Por eso es importante que quien lea este diario entienda que no se trata de literatura, y que el texto no ha sido "trabajado" de ninguna manera.

Hace poco, tras releer los diarios, hablé con Dionisio, amigo de la infancia y de toda la vida, quien me dijo: "¡Públícalo sin dudar! Es un documento de

---

<sup>5</sup> Referente ideal del comunista auténtico, que jamás se rinde y lucha por el socialismo con las últimas fuerzas o capacidades que le resten.

la época. Y no cambies nada: que refleje cómo pensabas, cómo actuabas y escribías entonces".

Escuché a mi amigo y me decidí.

